

## VIII

### El mar junto a la popa estaba rojo

La noche del Sábado de Gloria bailes y toldos compitieron en tan intenso júbilo que amanecimos dándole al vidrio. Como todos estábamos jumados, no podíamos cargar debidamente los pasos el Domingo Pascual. Puñeteros del diablo, nos decía el padre Máximo. Goyo Gancho y nosotros, llevando en nuestros hombros la Magdalena, no hacíamos más que dar bandazos de un lado a otro. Papa Chente protestaba furioso porque el Resucitado, conducido por Gancho Hermoso, el Ñopo, Nino Olaya y Cairote, peligraba derrumbarse del anda. Tras ese recorrido carnavalesco, las sagradas imágenes regresaron al templo sanas y salvas. Hicimos en la plaza una insólita pirotecnia de cohetes y seguimos chupando hasta el momento de irnos a la gallera. La mañana se abrió con un sol claro, caliente e insidioso. La sangre hervía en las venas y seguíamos trasegando aguardiente. A Goyo Gancho, que cuando se jumaba perdía completamente los estribos, le entró la calentura por joderlo la pita a Gancho Hermoso, celoso porque el tata le había robado a Débora y rijoso como era, no quería devolvérsela. Lo cierto es que Débora no le tenía ningún afecto a Goyo Gancho. Llamaba tata a Gancho Hermoso y el hecho de acostarse con él tenía para ella cierto sabor morboso. No sólo la excitaba el falso incesto sino también lo hacía por el prurito de provocar a Goyo Gancho, que insistía en su jodida cantaleta burlándose del viejo hasta el momento en que éste, airado y perdiendo los estribos, le fue encima y le asestó una trompada con la zurda. La arremetida fue tan violenta y brusca que Goyo Gancho cayó de espaldas y quedó turulato. Ya enfurecido por la cólera, Gancho Hermoso, sirviéndose a la par de garfio y mano, levantó una gran piedra que, con todo su ímpetu, arrojó contra el hijo. Le hubiera dado en la cabeza. Las mujeres que presenciaban la pelea soltaron al unísono un alarido de terror. De no haberle fallado la puntería, lo habría matado. Por fortuna la piedra cuya punta

quedó incrustada en tierra rozó apenas la oreja de Goyo Gancho. Calmados finalmente los ánimos, cuando insistíamos en que el Alcalde diera el permiso para abrir la gallera, éste, procurando alejar a los iracundos, anunció que en las islas cercanas a Sotavento había meros. Todos sabíamos que era cierto y le agradecimos que nos lo recordara. Gancho Hermoso se entusiasmó enseguida con la idea de irse inmediatamente a pescar. Calandraca quería medir su gallo de pelea con el de Cairote seguro de ganarse algunos pesos y prefirió quedarse, pero no se atrevió a negarnos su chalupa a condición de que el mismo Gancho Hermoso la piloteara. Nadie negaba que el viejo era un magnífico capitán de navíos. Aun en tragos sabía capear chubascos y vendavales. Hubo quienes trataron de oponerse a la expedición, pues aunque no era Viernes Santo, era arriesgada por hallarnos en güimba. Goyo Gancho dijo que él prefería seguir en la gallera. No quería ir con el tata. Los demás insistimos. Sin él, era lo mismo que nada, pues, Goyo era el mejor arponero de la isla. Antes que él lo había sido Gancho Hermoso, pero así manco como estaba de la mano derecha, la cosa era distinta. Aunque usara la izquierda, podía fallarle el pulso, no sólo por la edad y los tragos, sino porque jamás lo había intentado con esa mano. El mismo Gancho Hermoso convino en que sin Goyo no iba a tener sentido ir a ninguna pesca de meros. Picado en su amor propio, Goyo Gancho aceptó.

En alta mar, siguieron trasegando aguardiente, la mañana era clara y el sol nos obligó a despojarnos de muchas indumentas inútiles. Casi todos quedamos en pampanillas. Mientras izábamos las velas y el anda, Gancho Hermoso logró encender su pipa sosteniendo la caña del timón entre ambas piernas. Con la marca bien llena y la brisa favorable zarpamos enseguida rumbo a la rada de Sotavento. Goyo Gancho, en la proa, se preparaba a ponerle cabo nuevo al arpón cuya punta afilaba con una lima. Los peces voladores se lanzaban fugaces como flechas salidas de la quilla y los delfines custodiaban la nave en silenciosos y arqueados saltos rítmicos. Apenas la chalupa dobló la Punta Brava, comenzó a dar bandazos por el brusco viraje de los vientos y la soga del foque se rompió o se soltó por descuido de alguno de nosotros. Tratando de sujetar el cabo, Goyo Gancho estuvo a punto de caer por la borda. Se salvó de chiripa. Con todo y su proeza habilidosa, Gancho Hermoso comenzó a recriminarlo con denuestos vulgares echándole la culpa. Goyo logró socar el foque y nuevamente ligó la cuerda a la relinga. Con viento en popa, la chalupa navegó de bolina lo cual la hacía avanzar en zigzag distanciándonos a veces de la orilla. Fue entonces cuando, de modo inexplicable, los vientos amainaron hasta ausentarse por completo dejándonos al paio. Como aparentemente nos

hallábamos cerca del sitio en qué se hallaban los meros junto a los arrecifes, proseguimos el viaje a puro remo. En esa calma chicha y aburridora se oía sólo el chirrido de las chumaceras y el plaqueteo del agua golpeada por los remos. Estábamos cansados, sudorosos, con la sangre encendida, y decidimos guardar los remos en espera del viento.

Goyo Gancho, que ya le había calzado la palanca al arpón, estaba a punto de atarle el nuevo cabo y hacía prodigios de paciencia, pues el viejo seguía jode que jode hasta el instante en que le mentó la madre. Ciego de ira se lanzó contra el tata que, desprendiendo la vara del timón le propinó al instante tan violento estacazo que le rajó la frente. Cegado por la cólera y más aún por la sangre que le manaba de la herida. Goyo Gancho caminó casi a tiendas hacia la proa y se sentó sobándose la herida, con la cabeza baja, como chiquillo castigado.

En ese instante, como un curioso signo del destino, sopló un golpe de viento inesperado que hizo mover la botavara golpeando al viejo de manera tan brusca que, para no caerse, dejó ir al agua la caña del timón. Nadie quiso tirarse a rescatarla porque se suponía que en aquel sitio abundaban los tiburones.

Sin darnos cuenta, la corriente nos había distanciado bastante de la orilla, pero como la brisa sopló de nuevo navegamos un rato a la deriva mientras el viejo halló una tabla que adelgazada a punta de machete logró regir el gobernalle.

Tal vez debido a la modorra y al letárgico efecto de la juma mezclados al frescor de la tarde o a un ignoto misterio, lo cierto fue que nos quedamos dormidos. Nos despertamos al oír el alarido de Goyo. Gancho Hermoso no seguía en la chalupa y el mar, junto a la popa, estaba rojo.

Ninguno de nosotros acusó a Goyo Gancho. Lo hizo él mismo. Dijo que él le clavó el arpón al tata. Por más que hicimos todo lo posible por defenderlo, se empecinó en la misma declaración. En todo el juicio se le vio entristecido y amargado. Quería ser castigado por su culpa. No hacía más que rezar pidiendo al Cielo perdón por su pecado. ¿Pero fue cierto lo que Goya contó? Tal vez el golpe que recibió en la frente lo hizo distorsionar la realidad. También pudo ocurrir que Gancho Hermoso, por esquivar el arponazo, cayera al mar. En ese caso, sólo podrían dar testimonio los tiburones.

## IX

### Felipe se burla de Titila

Al policía Cairote ni su mamá Balbina lo llamaba por su auténtico nombre de pila que era Sigfrido. A lo sumo su esposa, nacida gringa, se empeñó en decir mientras yo viva lo seguiré llamando Freddy. Lo hizo hasta el estallido de la bomba.

Balbina bautizó al hijo con tal signo pagano no sólo por ser rubio sino, además, porque cuando ella era una niña solían decirle la Walkiria por sus trenzas doradas y porque en ciertas noches de luna acostumbraba galopar en la playa sobre un caballo blanco que le había regalado su padastro Alan Bristol.

—¿Cabalgabas desnuda, abuelita?

—Por supuesto, Titila. Fui una chica muy bella, Valía la pena. Cairote, por ser fulo y tener el pelo rojo, representó el papel de Judas la vez que, por capricho de unas damas oligarcas, celebraron en la isla todo el drama de la Semana Santa en vivo. A Cairote se le hizo muy difícil darse cuenta de que sencillamente se trataba de una ficción y que siendo ellos personajes debían actuar como si se tratara de hacer teatro. Quiso ahorcarse con tanto dramatismo que por poco se muere suspendido de un árbol. Tal vez sea bruto porque es hijo de gringo, pero también fue culpa de la juma. Quien hizo el rol de Cristo se opuso a aquello de beber en la cruz vinagre y hiel. Llevó consigo varias pintas de ron. Bebió él, bebió Judas, bebió la Magdalena. La pea fue de órdago, según decía el gallego. Como entonces era muchacho aún, educado en los **high-schools** de la zona canalera, jamás pudo decir Iscariote. «Yo soy el que es Cairote», tartamudeaba. Así siguieron apodándolo per sécula seculorum. Cuando le entró el sofoco de ser soldado y hasta aceptó ser ciudadano usaná, se fue a vivir a la Zona del

Canal y se casó con una gringa enfermera. Tenían dos hijas. Las llamaban Titila y Mimila. Al irse ambos a Francia para la guerra del catorce, le dejaron las niñas a Balbina. La rubia esposa murió en un bombardeo. Sigfrido, jubilado, volvió a la isla, Tal vez traumatizado, bebía mucho. Por tal razón, las hijas siempre siguieron con Balbina.

Cristobalina Barcia, la esposa de Chinino, resolvió amadrinarlas, pues, por culpa del padre o de la madre, no estaban bautizadas. Se sintió muy contenta al hacerlo, pues estaba segura de rescatar dos almas del limbo. Claro que aprovechó la gran prebenda que el madrinazgo le confería para obligarlas a servirle en la tienda gratuitamente.

Al reinstalarse en su casa de Barlovento, Balbina, además de fungir de comadrona, se volvió mística. Según decía, anhelaba el perdón de Dios por una culpa que ella no cometió.

Camandulera y beata, se impuso por sí misma una manda. Compró una imagen de la Virgen de los Dolores y otra del Nazareno. Las tenía pulcramente trajeadas pues ella misma les lavaba la ropa. Balbina engalanaba sus andas durante los rituales de la Semana Mayor. La Dolorosa seguía tras el Sepulcro el Viernes Santo. La imagen de Jesús actuaba en diversas peripecias, pues además de cabalgar la borrica para su entrada triunfal en Jerusalén, debía también aparecer en los primeros días Santos, lunes, martes y miércoles, en los pasos de Jesús orando en el huerto, Jesús atado a la columna y Jesús llevando la cruz a cuesta ayudado por Simón Cireneo.

Balbina le encargó un borrico a Freddy, pero a él se le hizo muy difícil hallarlo. Lo que encontró fue una jumenta, tierna y preciosa, con el pelo plateado. Qué le vamos a hacer. El Evangelio lo que menciona es un pollino. Que nos perdone San Mateo.

Era Balbina quien atendía lo concerniente a la entrada de Jesús en Jerusalén. Era ella quien adornaba a la borrica con papelitos de colores, y, espoleado por ella, el cura párroco hacía que los muchachos armaran en la plaza un gran arco con pencas de palmeras, copia de flores y muy nutridas moñas de cohetes.

Cuando, debido a la estulticia de una enfermera, Mimila enmudeció, se fue a vivir a Barlovento con su abuelita. Crecida a la intemperie y silvestre, era la niña, púber ya, quien pastoreaba a la borrica y a veces ayudaba a Balbina en los partos.

Titila permaneció en la tienda y era una espléndida cajera de tiempo completo y sueldo no idem.

—Qué puedo hacer, amigo Plácido — decía Balbina—, Cairote no se ocupa de sus hijas y anda siempre borracho sin respetar que es policía gracias a mí. Para lo único que sirve mi hijo es para actuar de centurión en vivo el Viernes Santo. Lo hace con tal realismo que emociona a los fieles y en el gloria, las señoras se aterrorizan cuando tira la lanza por el suelo y huye seguido por los niños. Por eso mismo se topó con la furia de Monseñor Medina. Sólo a un ebrio se le pudo ocurrir entrar el templo cabalgando tan terrible alazán y aun intentar la hazaña de hundir la lanza en el costado de Cristo. Únicamente el centurión romano se atrevió a tal audacia. Cosas que hacen los diablos del alcohol. Si el padre no se ocupa de sus hijas, ¿qué culpa tengo yo de que ambas niñas no cuenten con la debida educación y amparo? Cualquier vago rijo puede volverlas pasto de su lujuria. Para colmo de males Freddy es racista. Me avergüenza decirlo. Odia a Chompipe.

Titila era una empleada eficiente y muy formal. Siempre tenía los ojos bajos. Era una niña ingenua, muy inocente y algo boba.

Felipe iba a la tienda con pretexto de comprar cigarrillos y a la chita callando le susurraba frases melosas, tiernas. Viendo que aquel sistema no resultaba, ideó otro plan, muy de él y muy diabólico.

Titila dormía solita en un cuarto trasero de la tienda.

Una noche, a altas horas, cuando las puertas bien cerradas y la densa tiniebla le dieron la absoluta seguridad de que el sueño había invadido la casa, Chompipe se acercó con cautela al habitáculo donde Titila reposaba. Abrió el postigo levantando la aldaba con un cuchillo que llevaba a propósito bien afilado.

Entró sin hacer ruido. Un candil encendido daba a la habitación bastante luz. La muchacha dormía plácidamente en una hamaca con las piernas abiertas. Felipe le levantó la enagua, cortó con el cuchillo el peticote. Dejó al desnudo el sexo y, aunque sintió deseos de hacer su antojo, mejor se abstuvo. Llevaba una paloma, asfixiada por él antes de entrar. Le inquirió una punzada en el cuello y aspergió varias gotas de sangre sobre la blanca ropa de Titila. Luego, salió en silencio, pero dejó la puerta abierta.

Al día siguiente fue a la tienda. La inocente Titila había soñado cosas extrañas. Al despertarse y ver sus ropas deshechas y manchadas de sangre,

se acordé de Felipe y pensó lo peor. Cuando lo vio entrar en la tienda, quedó aterrada.

Felipe se le acercó sonriente y musitó

—¿Viste? Anoche todo ocurrió como al dedillo.

—¿Qué sucedió? —dijo ella, mirándolo con ojos muy abiertos.

Y él:

—Nada sufriste, ¿verdad?

La moral de Titila se vino abajo. Se echó a llorar. Por suerte Felipe había escogido un momento en que la tienda estaba sola.

Le susurró sonriente:

—Descuida, Tila. No te preocupes. Ya tú eres mi mujer. ¿Viste qué fácil? Ni te enteraste, gran pendeja.

Se fue sin insistir, pero volvió a la misma hora el día siguiente. Le dio dinero para que se comprara nuevas prendas de ropa y al fin logró tranquilizarla. Ya más seguro de su presa, le dijo:

—¿Quieres que nos veamos esta noche? Te espero en el llanito que hay detrás de la escuela. Nadie va a verte. Sabes que ése es un sitio solitario. Como hoy es noche de luna llena, la gente anda paseando por la playa.

—Si ya me deshonraste, ¿qué remedio me queda?

—No faltes. A las nueve.

Esa noche la cosa fue de veras. Al sentir la punzada desgarradora, Titila dejó escapar un grito que sólo oyeron las estrellas, la luna y los murciélagos.

Forcejeaba tratando de zafarse y aullaba:

—¡La otra noche no me dolió, carajo!

## X

### Yes we have no bananas

Casi a las tres de la mañana, apoyándose entre sí mutuamente debido a la gran pea, Pipe y el Mogo volvían hacia sus casas respectivas andando a trancos por la íngrima y, a esa hora, muy silenciosa calle del litoral. Habían querido convencerse de que ambos eran hombres de pelo en pecho (de dieciocho y veinte años) y en calidad de tales podían mezclar y trasegar bebidas de todo tipo alcohólico. Lo hicieron, hip, y el resultado, viva el partido liberal, coño, no empujen, somos un par de machos y al que le pique que se rasque. Avanzaban con rumbo hacia la rampa, desnorteados, pues vivían calle arriba junto a la iglesia.

Cuando, muerta Dalila, Cándida y su mamá emigraron, me fui a vivir con tía Faustina. Me sentí más a gusto y a mi antojo, libre del látigo del Ñopo que, solo y a sus anchas con Chon Candela, cantó en el gallinero como rey absoluto.

Mi vecino y compañero de farras fue desde ese momento el Mogo Tin cuyo papá. Talingo Pirinola, era panguero de la gringa McLean y ejercía a su servicio diferentes funciones, sobre todo en las noches de verano en las que actuaba como asistente del barman enjuagando los vasos, partiendo hielo y atendiendo las mesas mientras el Mogo le cambiaba los rollos a la pianola para que el baile continuara y jamás la alegría de la sala. Era tal la clientela en esos meses, que el hotel parecía una colmena y Talingo jamás se daba tregua.

A fuerza de empinar codo tras codo, la gringa perdía a veces la brújula. Talingo la conducía a la cama. Probablemente tal vez, tras desvestirla, la apuntalaba un poco pero eso nadie lo sabía a cabalidad. Tan agotado concluía él su faena, que a lo mejor no la fajaba con la frecuencia que ella hubiera

deseado. Total que en tal estado de embriaguez era lo mismo que gastar buena pólvora en gallinazos.

Talingo Pirinola más parecía un esclavo de la gringa, que lo hacía trajinar más de la cuenta. Su hijo Tin lo ayudaba de vez en vez paseando en panga a las bañistas veleidosas bajo la luna. En las noches de trajín más intenso el Mogo fungía de camarero sirviendo fiambres y bebidas de mesa en mesa.

El Mogo Tin, de más edad que Pipe, le era sumiso por simple timidez. Tenía cierto complejo de feo debido acaso a que, además de ser ñato, su labio leporino, mal cosido, lo hacía hablar de manera casi ininteligible. Tales defectos, al cohibirlo, daban al traste con todos sus arrestos eróticos. Era lógico que las mujeres no se le dieran fácilmente. Desde luego, las gringas preferían evitarlo. Los pocos clientes que conseguía en su panga eran por lo común jubiladas cuya edad ya madura no estaba para arrumacos lúbricos o solterones de maneras ambiguas.

Una vecina suya, lavandera, sin belleza y sin hombre, le prometió iniciarlo por cincuenta centavos. Su primera experiencia de esa noche fue algo espantoso. Sintió un dolor agudo tan feroz que resolvió no hacer aquello más nunca. Por su misma premura había sufrido un rasguño. Para colmo de males, ella estaba en su ciclo y, desde luego, le vino una infección. Felipe le dijo ponte yodo. Me va a doler. No seas pendejo. Si no te pones yodo te la cortan. No tuvo más remedio que obedecer. Al curarse, quedó traumatizado.

Era lerdo. Jamás se apresuraba a hacer las cosas, porque no le gustaba que le dijeran ñato. Si ejecutaba los oficios rápidamente, su papá lo elogiaba, diciéndole: lo hiciste en menos de lo que se persigna un ñato. Aquella frase le parecía burlesca. Prefiero que mi tata se encojone. Por eso me demoro y actúo con calma aunque me llamen cámara lenta.

Con permiso del papá el Mago Tin utilizaba por las noches la panga y se ganaba sus buenos pesos. Me decía: «A muchos gringos les agrada navegar por las noches cuando la mar está tranquila y hay luna. Se llevan su botella, beben y cantan. Siempre pagan muy bien, aunque de vez en cuando hacen delante de uno ciertas cosas que, bueno, ya tú sabes. Los pangueros no sólo sacan dólares sino también otras ventajas cuando les tocan gringas solas. Yo no he tenido mucha suerte en ese sentido y aun teniéndola no habría sabido aprovecharla...»

El Mogo me había prestado muchas veces la panga. Prestado es un decir. Me la alquilaba miti y miti. Yo nunca lo engañaba. Era un asunto como de caballeros. Siempre partí con él lo que ganaba pero, sí, a mi modo. Generalmente me tocaban parejas malgeniadas o unos tíos bien borrachos y racistas que me trataban como a un perro. A ratos yo, había tenido, suerte con parejitas que se besaban a su gusto y se tocaban por aquí y por allá. Cuando intuía que habían llegado al punto de ebullición, hábilmente los conducía al pontón. Comprendían sonreídos. Subían a él. Y allí se daban gusto a sus anchas mientras yo dormitaba en la panga al vaivén de las olas.

Lo más lejano que tenía yo esa noche era que iba a caerme una gringuita provocativa, sola y como hecha a mi medida. De cuándo en cuándo Dios nos compensa de ser pobres con regalos de esa índole. Yo era el único cuaco que estaba junto al muelle listo a caer sobre su a gringuita fue bajando las gradas muy lentamente. La noté muy en tragos. Sentada ya en la panga, la bata se le abrió. Me di cuenta de que andaba desnuda, María Santísima. No entendí lo que me dijo en inglés. Cogí los remos y eché la panga mar afuera. La noche estaba clara, tranquila y fresca, lo cual tan solo significa que la brisa refrescaba el sempiterno calor de la isla. La gringuita se sonreía con algo de malicia. Decía en inglés algunas frases que, entendidas a medias, yo respondía en cristiano.

El Mogo me había dicho que otros pangueros tenían a veces suerte en esos trances. Era cuestión de astucia y aun de audacia, dos cosas que le estaban negadas al Mogo Tin, no a mí.

De pronto la gringuita comenzó a tararear alegremente la tonada de moda **yes we have no bananas**. La pianola la repetía a menudo. Además recordé que Cairote la silbaba cuando estaba borracho y entonces era más peligroso. La gringa estaba alegre. Su música se diluía en el viento. La bata habla caído de sus hombros. No tenía malas formas. Me miraba coqueta. Metía la mano entre las olas, me salpicaba y se reía. De pronto me hizo señas para que guiara el rumbo hacia el pontón. (Era una enorme embarcación de hierro anclada a cierta distancia de la orilla. Durante el día la usaban para solearse y aun para hacer clavados.) No había luna, pero brillaban las estrellas y soplaba una brisita agradable.

Al llegar al pontón. le di la mano y ella subió. No quise apresurarme por no espantar al peje. Por eso no hice el menor intento de seguirla. Sé muy bien que las gringas no gustan de los negros, pensé. No obstante, el

Mogo me había dicho: «Algunas de ellas prefieren los negros. Saben que son aventajados.» Con todo y eso preferí distraerme en la panga. Me hice el desentendido, pero estuve al acecho por si acaso.

En efecto, sentí que me llamaba. Yo subí, que carajo, dispuesto a lo que fuera. Continúas, si se arreacha, pensé, no será cosa de ir a desperdiciarla como hace el Mogo. Subí despacio la escalera con toda parsimonia dispuesto a dialogar con mi sexo.

La gringa me agarró por donde supo. No hice ningún esfuerzo por evitarlo. Yo siempre he sido un caballero. Los besos nos llevaron a buen puerto. Gracias a Dios y a la Virgen todo anduvo como a pedir de boca. Recibió la inmersión devotamente musitando mística, **Jesus Christ**, pero al llegar al éxtasis, rendida de deleite, se dio a mugir con tan desafortunados gemidos que hasta los cuacos que dormían en el pontón se asustaron y echaron a volar; después siguió temblando como atacada por el trémulo baile de San Vito. Sus convulsiones decrecieron pausadamente como ocurre con esas mariposas que, al ser clavadas con alfileres, siguen vibrando un rato; al desclavarla, se quedó quietecita, pero me dijo: **You have a very good pin.**

Bajé enseguida del pontón y me senté en la panga a esperarla. Descendió silenciosa. Remé hacia el muelle preocupado. Nunca sabe uno la reacción de las gringas. Ya veía la noticia en los periódicos. **UN NEGRO VA A LA CÁRCEL POR VIOLAR A UNA GRINGA.** Sin embargo, ésta no parecía del Ku-Klux-Klan. Se la veía tranquila, satisfecha. Jugaba con el agua y, parodiando a su modo el himno inglés, cantaba: **God save your pin.**

Cuando la panga atracó al muelle, salté, le di la mano y la ayudé. Dijo good-bye y se alejó presurosa, pero al irse me había dejado entre los dedos algo que parecía un papel doblado. No iba a ser un mensaje para una nueva cita. Nada de eso. Felipe bien sabía que al día siguiente la gringa se marcharía de la isla y si te vi no me acuerdo. Era dinero. Observándolo a la luz del farol, Felipe comprobó satisfecho que era un bello billete de veinte dólares. Eso de hacer gozar a las gringas va a resultarme un buen negocio, pensó, y como soy buen amigo del Mogo Tin tal vez le diga: La gringa me obsequió una lechuga de cinco dólares. Te tocan dos cincuenta.

En efecto, más tarde, la chulería con gringas le produjo a Felipe tan buenos dividendos que hasta compró una panga. Sin embargo, lo que ganaba en el amor lo derrochaba en juergas o en el juego, y a veces era rico, a veces pobre, según soplara el viento.

Al Mogo Tin debía Felipe su buena racha en el hotel. El Mogo fue su mejor amigo desde su infancia. Cuando eran chicos cargaban las maletas de los turistas junto a Talingo Pirinola. Ganaban poco, pero servía para jugar al choclo con pepitas de marañón o divertirse con cometas y cohetes.

A veces tía Faustina le decía: Pipe, véndeme esto, y él salía por el pueblo voceando su pregón que modulaba con dejo antojadizo. Vendía frutas, frituras o diferentes golosinas: cabangas, bollorías, alfajor, bienmesabe, melcocha, manjar blanco y galletas de jengibre. A veces negociaban con diversas personas vendiéndoles pescado, guandú, aguacates, nance, jobos y hasta iguanas y cangrejos. Solía ocurrir, a ratos, que, dejando de lado la batea, se diera al juego o que, subiendo a la torre con otros de su edad, repicara con piedras las campanas.

Fue el Mogo quien lo introdujo en el hotel de la gringa. Primero lo enseñó a limpiar zapatos en los grandes balcones del edificio. Después, un día le dijo:

—Pipe, ¿me quieres ayudar en el salón? No doy abasto. Puedes llevar bebidas a las mesas o cambiarle los rollos a la pianola.

—La gringa no me pasa porque soy negro.

—Cuando eras un chiquillo no te dejaba entrar. Ya eres un hombre. Lo que ella dice es que los negros no sirven sino de camareros.

—Sirvo también para otras cosas que ella no se imagina.

—Tal vez logres ganarte algunos reales.

—¿Pagan?

—No, pero dan propinas. Además saborearías muy buenos tragos.

—¿Quién va a dármelos?

—Nadie. Lo que uno hace es beberse los restos que dejan en los vasos los clientes. El hecho de ser sobras no corrompe la calidad del trago. Vas a probar champaña, pepermín, martini, coñac y toda clase de bebidas sabrosas. Además, si conservas los tiquetes pagados, los puedes agregar a la cuenta de los gringos borrachos. Nunca se fijan. Siempre pagan. El dinero sobrante es tu cosecha. Muchas noches saco hasta veinte dólares.

—¿Y tu papá qué dice?